



### CAPÍTULO III.

---

LOS DOS MIL PESOS.

**H**STEFANÍA pasó inmediatamente á su tocador y se vistió de negro: en seguida mandó á su criada por un coche sin número, montó en él y se dirigió al Hotel del Turco.

Estaba don Santiago entregado á la lectura de un periódico, cuando oyó tocar á la puerta de su cuarto de una manera desusada.

Acudió á abrir, y quedó agradablemente

sorprendido á la vista de Estefanía, quien pronunció estas palabras:

—¿El señor don Santiago Franco?

—Soy un servidor de usted, señora, sírvase usted pasar adelante.

Entró Estefanía, y, después de sentarse, habló de esta manera:

—Señor don Santiago: sé que es usted el padre de un niño á quien ama mucho.

—Sí, señora, eso es cierto.

—Desde luego es usted un hombre que comprende el amor que se tiene á los hijos.

—Sí, señora.

—Pues bien, yo soy una madre desgraciada que viene á acudir á usted en medio de la mas terrible tribulación: figúrese usted que me han robado mi hijo.....

—¡Pero señora!... exclamó don Santiago.

Estefanía se cubrió la cara con su pañuelo, y después de una pausa continuó:

—Vengo á confiarle á usted este secreto, con la seguridad de que nada tengo que temer, en primer lugar de un hombre leal y caballero, y en segundo, de un padre: mi

hijo me ha sido arrebatado hace tres días, ha sido plagiado, y he recibido ya el pedido de dinero, que después de muchas contestaciones ha sido reducido á la suma de diez mil pesos: yo debería tener esa suma completa, á no ser por una circunstancia desgraciada, de la que se impondrá usted por esta carta; de manera que me faltan dos mil pesos. Ayer le han hablado á usted sobre este asunto.....

—Sí señora; efectivamente, me han pedido dos mil pesos para una persona que ofrece firmas.

—Yo soy la interesada, que se ha tomado la libertad de venir á importunar á usted personalmente, pero debe usted comprender que una madre que se encuentra en una tribulación semejante, no debe pararse en los medios para lograr volver á reunirse con su hijo.

—Pero señora, objetó don Santiago, ¿no ha dado usted parte á la autoridad?

—No, señor, estoy vigilada, y un paso de esa naturaleza, me perdería irremisiblemente.

te; en este negocio figuran por desgracia personas que ni remotamente pudiera uno figurarse que se ocuparan de estos asuntos: el golpe ha sido hábilmente combinado y no tengo más remedio que dar el dinero, y eso con el mayor sigilo, porque de lo contrario serían inútiles todos mis sacrificios.

—Pero yo, señora ¿en qué puedo?...

—Lea usted esta carta, ella le revelará á usted que soy persona bastante acomodada para poder pagar á usted esta cantidad, y mayor si fuera; además, las firmas que le han ofrecido á usted son muy buenas, y agregaré que cualesquiera que sean los intereses del dinero, estoy pronta á pagarlos sin reparo de ninguna clase. Señor, se lo suplico á usted encarecidamente, apelo á sus sentimientos de padre, y creo que no quedaré desairada; ponga usted las condiciones que guste y las aceptaré todas, en cambio de la libertad de mi hijo.

Don Santiago recordó que alguna vez se encontró en circunstancias análogas. Solares no se había equivocado, don Santiago tenía

muy buen corazón, ante aquella desgracia no pensó un momento en las seguridades de la devolución; podía hacer un bien y lo hacía; y conmovido, mas conmovido de lo que la misma Estefanía se lo hubiese esperado, entregó á aquella señora el dinero, en oro una pequeña parte y el resto en un vale al portador para una casa de comercio.

—Siento mucho, señora, le dijo á doña Estefanía, no poder disponer de todo el dinero en efectivo en el momento; pero mañana á primera hora, y sólo con la presentación de este papel, entregarán el resto.

—¡Ah señor! exclamó Estefanía haciendo un esfuerzo supremo para aparecer también conmovida, no sé con qué pagarle á usted ¡Dios lo colmará de bendiciones!

Y después de entregar á don Santiago el recibo del dinero, y la orden para que Solares le entregara las libranzas salió del hotel.

Todo esto había pasado en presencia de Gabriel, quien había permanecido en la cama, medio velado por las cortinas.

Desde el momento en que entró Estefanía á la pieza, Gabriel procuró no hacer ningún movimiento que denunciara su presencia; pero no bien hubo desaparecido esta señora, saltó de la cama.

—¿Ahí estabas? le preguntó don Santiago.

—Sí, señor, aquí estaba.

—¿Y has oído?

—Sí, señor, por señas de que esa señora, tan bonita y todo como es, no me ha simpatizado.

—Será por que no te saludó.

—No es por eso, sino por que me parece que no sabe llorar.

—¿No sabe llorar? repitió don Santiago, ella ha llorado y me pareció tan conmovida....

—A mí me pareció, agregó Gabriel, que usted estaba todavía mas conmovido que ella.

—Me acordé de tí.

—Así lo supuse, dijo Gabriel reflexionando, y como está decretado que yo sea el

origen de todos los males de usted, me ha pasado en este momento por la cabeza una cosa.

—¿Cuál?

—Que si fuera usted á perder su dinero.

—Mi dinero.... ésta es una señora muy rica.

—Sí, pero por lo mismo no sabe llorar.

—¡No sabe llorar! ¡qué sabes tú de eso! ¡vaya una idea!

—En fin, dijo Gabriel, como yo he visto personas que lloran de un modo y otras que lloran de distinta manera, me pareció que esta señora no lloraba como todos.

Púsose á reflexionar don Santiago en que Gabriel podía tener razón.

—Efectivamente, decía para sí don Santiago, he sido un poco ligero, no pensé bastante en lo que hacía.

A partir de ese momento don Santiago no pensó en otra cosa que en su dinero, y vacilaba entre si daría aviso oportuno en la casa de comercio para la que había dado el vale á fin de que este pago no tuviera ve-

rificativo, ó si ocurriría temprano á Solares para el aseguramiento de las libranzas.

En esta vacilación pasó la mayor parte de la noche y á la mañana siguiente, á primera hora, estuvo en la casa de Solares.

Pero Solares, que se desayunaba leche al pié de la vaca, había salido antes, y don Santiago se dirigió entonces al Portal de mercaderes.

Veamos entretanto lo que hacía Solares.

No bien hubo recibido el dinero doña Estefanía, Solares, Cisneros y Tostado recibieron una regular propina, y no se cuidaron de concurrir al Portal, supuesto que eran buitres que habían hecho presa: no pensaron desde aquel momento más que en preparar todo lo conveniente para celebrar á Isabel según lo habían determinado.

Los lectores que estén al tanto de nuestras costumbres, no se sorprenderán de que al recibir Solares una suma que bien pudiera cubrir el presupuesto de un mes, determinara invertirla en su totalidad en proporcionarse un día de holgorio y de fiesta, pues

tan desacertado desfalco en materia de economía doméstica, es entre nosotros una de las costumbres mas inveteradas.

Llegar pronto: he aquí el ahinco universal y marcadamente la tendencia de nuestra sociedad y las aspiraciones de nuestra clase pobre.

Cambiar un día de placer por un año de necesidades; hacer el papel de rico unas cuantas horas en cambio de largos meses de penúria, es una cosa que vemos todos los días.

De manera que tan luego como Solares se vió en posesión de cierta suma de dinero, se creyó dueño del mundo, y acompañado por su compadre Tostado y por Cisneros, que á su vez abandonaron sus asuntos propios, entró al cajón de ropa, aperó á su mujer y á sus hijos, no de prendas de utilidad sinó de lucimiento, ajustó licores y algunas conservas alimenticias en la tienda de unos españoles, y llegó á su casa al medio día, rebotando felicidad y bienestar.

Como de costumbre salió á recibirlo al

portón toda su familia, la que, al ver que Solares venía seguido por dos cargadores, se deshizo en las mas alegres demostraciones de entusiasmo.

En pocos momentos se convirtió la sala en un campo de Agramante: ya enseñaba Solares á su mujer una musolina de colores que había de ser empleada en un vestido muy elegante para el gran día; ya discutía con Cisneros sobre la buena calidad de los licores, y ya en fin, entretenía á sus hijos con la relación animada del programa de la fiesta.

—Sabes, le decía su mujer que estaba sentada en el suelo rodeada de sus hijos y medio envuelta en la multitud de telas y objetos que Solares había estado aglomerando, sabes, Solares, le dijo á su marido que si tú te propusieras efectivamente darme gusto.....

—¿Qué?

—Harías una cosa.

—Pero vamos á ver ¿qué cosa es ésa?

—En vez de pasar aquí el día, entre es-

tas cuatro paredes que ya me queman la sangre.....

—Ya sé lo que va usted á decir, comadre, interrumpió Tostado, desearía usted ir al campo.

—Eso es, compadre.

—¡Al campo! exclamó Solares.

—¡Al campo!

—¿Pero adónde?

—A Ixtacalco.

—Eso es, eso es, á Ixtacalco, respondió el coro de los muchachos.

—Me parece perfectamente, dijo Cisneros.

—¿Qué dices, preguntó? Isabel, dirigiendo á su marido una de sus mas antiguas miradas, y almacenadas por lo tanto hacia buen tiempo.

Solares juzgó que aquella mirada era decisiva y se la correspondió á su mujer resueltamente, diciendo:

—Sea: ¡nada importa, gocemos, para eso es el dinero!

—Hace usted bien, compadre, exclamó

Tostado entusiasmándose á la retozona idea de meter el buen día en casa.

—Muy bien pensado, dijo Cisneros, no hay cosa que me dé más gusto, que ver á un padre de familia que complace á su mujer y á sus hijos.

—¿Con que vamos á Ixtacalco? preguntó la hija mayor de Solares.

—Sí, á Ixtacalco, dijo Solares, con el acento de un general que ha tomado una plaza.

—¡Viva! ¡viva! ¡viva! gritaron los muchachos.

Desde aquel momento Isabel comenzó á multiplicarse de una manera prodigiosa, y llena de alborozo y de felicidad atendía á los menores detalles, reñía con la criada, reprendía á los chicos, cortaba vestidos, cosía, guisaba y propagaba la consigna de la fiesta en el seno de sus amistades invitando á unas amigas, comprometiendo á otras y procurando hacer partícipes de aquella dicha á algunas de sus compañeras de privaciones y muy especialmente á aquéllas que en horas amargas la habían favorecido.

Ante tan gratas satisfacciones, ante el placer de corresponder con un agasajo los servicios recibidos y el cariño de que había sido objeto, Isabel no tenía tiempo de pensar en lo que le esperaba al terminar la fiesta.

Detener el vuelo del pensamiento, obligándolo á no pasar los límites del presente, es sin duda una dicha envidiable.

Ni Solares por su parte, ni Isabel, volvieron á pensar en el porvenir, porque la ilusión del momento lo llenaba todo.

La fiesta se aproximaba y la animación de los preparativos crecía á cada momento, prometiéndose todos que aquel día iba á ser uno de los mas memorables.

